

en las manos del hombre ejecutar, porque estaba fuera del territorio jurisdiccional de su voluntad; y tal exigencia sería la más monstruosa de las tiranías, y la más absurda de las injusticias; lo cual no cabe en Aquel que ha regenerado y civilizado el mundo.

Pero basta ya: la trasmigración de las almas, sobre la cual está cimentada la teoría filosófico-moral del espiritismo, no encuentra apoyo ni en las inspiraciones de la sana razón, ni en las altísimas de la revelación. Nos parece más que demostrado.

#### CAPITULO XIV.

##### SUMARIO.

Resúmen de las razones dadas contra El espiritismo.— Otra de las bases de esa teoría se hace consistir en la eficacia de las *evocaciones* y en la realidad de las apariciones de las almas de los difuntos.—Sentir de la Iglesia sobre este último punto.—Los espiritistas no abordan la cuestión fundamental, demostrando que la causa de los fenómenos son las almas de los muertos.—Única demostración de Allan Kardec.—Se funda en el testimonio de los pretendidos espíritus.—No son infalibles.—Alguna vez han manifestado que son el demonio.—Hechos que comprueban ser esto lo más creíble.—Notables palabras de Porfirio.

Ya de lo demostrado hasta aquí en otros lugares, y con este y otros motivos, podíamos inferir, que las almas de los difuntos no pueden ser, á pesar de su inteligencia, la causa de los

fenómenos espiritistas; y por lo mismo que la teoría del espiritismo es infundada como lo son las del magnetismo, sonambulismo y demas hipótesis físicas y fisiológicas, que aunque de una manera general y como de paso, hemos tocado.

Desde luego, resultando ser falso que las almas hayan sido criadas de una vez y con anterioridad á los cuerpos de que son los motores, no estando en razon, ni siendo conforme con la filosofía ni con el simple sentido comun el sistema de las reencarnaciones, cosas en que descansa el espiritismo de tal manera, que suprimidas queda en el aire; por seductoras que sean sus formas y halagadoras sus máximas, no puede sostenerse, como no podría sostenerse una arrogante columna griega, si se la arrancase la basa.

Todo lo que hemos dicho sobre la naturaleza del compuesto sustancial que llamamos hombre, sobre que el alma es la forma del cuerpo, y el cuerpo el complemento de la personalidad humana; todas las razones que hemos aducido para comprobar que la separacion del alma y del cuerpo, ó sea la muerte, no es conforme con la natural constitucion del sér humano, sino que en realidad es una pena, que no es una ley, sino un juicio del criador respecto de la criatura; cuanto hemos tenido ocasion de decir, siempre

fundados en argumentos sin réplica, acerca del papel que los sentidos desempeñan en la vida de relacion principalmente, y acerca del modo con que el alma va haciéndose poco á poco de un tesoro de conocimientos, procediendo siempre de lo visible á lo invisible, de lo particular á lo general; y esto sin poder prescindir, sea por un momento ó en una materia dada, del auxilio ó más bien de la cooperacion necesaria del organismo; los hechos innegables que hemos traído á colacion para poner de manifiesto que los sentidos no son cadenas del alma, sino más bien puertas francas por donde penetran las cosas exteriores en su interior, y por las que se establece la comunicacion entre dos mundos de diversa naturaleza; todo esto, decimos, ya directa, ya indirectamente, funda estas verdades que son diametralmente opuestas á las aserciones de los defensores del espiritismo; á saber, que las almas de los difuntos no pueden comunicarse en fuerza de su naturaleza, ni por ley de su destino, con las almas de los que viven, ni con el mundo en que vivieron; y que no tienen sobre los agentes naturales el dominio que se les supone, y sin el cual serian inexplicables, mediante su intervencion, los fenómenos mágicos ó espiritistas.

Si estas inducciones son ciertas, como no puede dudarse, por la conexión íntima que tienen con verdades demostradas hasta la evidencia y con principios de primera gerarquía, el espiritismo es falso por más que se haya removido el polvo en que yacía, y se le haya resucitado en un siglo que da fácilmente pase libre y patente de originalidad á los más grandes absurdos, con tal que se presenten con pretensiones de filosóficos y al arrimo de ciencias que todavía se encuentran en mantillas.

Todo el aparato del espiritismo moderno como el del antiguo descansa en aquellos dos supuestos, por un lado, y por otro en la eficacia de las evocaciones.

Las almas de los difuntos pueden comunicarse con las de los vivos, pueden aparecérselas, sin otro requisito que el de que sean formal y seriamente evocadas.

Las mismas almas que de ese modo se comunican, se suelen manifestar espontaneamente valiéndose de voces, ruidos, movimientos, resplandores, truenos, terremotos, cantos, visiones, etc., etc, que anuncian su presencia á los mortales y su buena disposición de entrar en pláticas con ellos.

No dicen otra cosa todos los dias y á todas horas, los supersticiosos del siglo de la despreocupación.

Empero esto que dicen, es enteramente falso. El error, que se abre paso en las inteligencias, por poco perspicaces que sean, por extraviadas que caminen, no lo consigue por sí mismo, sino por la fuerza de algo de verdad que necesita para vivir con una vida miserable, y por la cual se encuentra como suspenso entre la nada y la realidad. En general las almas de los difuntos no pueden comunicarse con las de los vivos ni espantarlos, ni regocijarlos con súbitas apariciones. "Como se disipa y desvanece una nube, cantaba hace ya muchos siglos el bardo de Emaus, así el que desciende al sepulcro (*ad inferos*) no subirá, ni volverá otra vez á su casa, ni le conocerá más el lugar donde habitaba." (1) El alma en el momento que se desprende del cuerpo, marcha á su destino; no es un polvo para que se quede flotando en los aires, ni un átomo para que permanezca moviéndose en todos sentidos por los espacios, ni esclavo sumiso, que es igual cuando ménos á los que habitan la tierra todavía, para que esté largas *eternidades* en es-

---

(1) *Job VII, 9, 10.*

pera de sus mandatos y dócil á evocaciones caprichosas y sin objeto.

En general, las almas de los difuntos no pueden comunicarse con los vivos ni aparecérsles. En las aptitudes de su constitucion natural, nada hay que anuncie la existencia de ese poder, como tendremos lugar de demostrarlo.

Esto no significa que nosotros neguemos, de una manera absoluta y en todos los casos, la posibilidad de tales comunicaciones ni de semejantes apariciones. La doctrina católica jamas las ha negado; pero el que alguna vez tengan lugar, no autoriza para creer que ello sucede siempre, que ellas quieren ó los hombres las evocan, ni mucho ménos que suceda de una manera natural.

Nuestro sentir en este punto, es el sentir de la Iglesia Universal. San Agustin, interpretándole, ó mejor expresado, traduciéndole, decia: "Algunos de los muertos pueden ser trasportados entre los vivos; pero este acto no se realiza por virtud de su propia naturaleza, pues no tiene lugar, sino por disposicion divina", (1) Solo por disposicion divina las almas de los difuntos pueden comunicarse con los vivientes;

(1) *San Aug. De cura pro mortuis gerenda.*

pero en este caso el espiritismo depende tanto del querer del hombre, como depende la voluntad suprema de Dios. En vano se querrá formar del espiritismo una institucion seguida y siempre la misma, sometida á ciertos reglamentos; eso seria pretender que se impusieran leyes á la Divinidad; en vano se querrá ver en él una ciencia, un ramo de filosofia, pues las ciencias se fundan en principios y no en hechos que serán ó no, segun el uso que se haga del libre albedrío de que aquellos dependen.

Nada más natural que en estas alturas exigiésemos á nuestros adversarios los títulos en que fundan la exclusiva, que su hipótesis establece las razones cardinales de su sistema. Trabajo inútil ciertamente, molestia de cuyo peso no se nos libetará; pues si escriben mucho y discurren más, cuando se trata de las consecuencias prácticas y del *altísimo fin* de la *novísima religion*; en tratándose de los principios y del cimiento sobre que se atreven á levantar un edificio de tan extraordinaria magnitud; ó callan ó prorumpen en puerilidades, que fatiga da creer que hablan con seriedad. Parece que se proponen no convencernos, sino burlarnos.

No hemos leído un solo libro de Espiritismo entre los muchos modernamente dados á luz,

ni de magia, que á Espiritismo equivale, de los innumerables antiguamente escritos, en que se aborde la cuestion fundamental, en que se demuestre con hechos ó argumentos siquiera, que la causa de los fenómenos mágicos espiritistas es el alma de los muertos.

Reineval en el siglo, ó Allan Kardec en el templo ó claustro de las *iniciaciones*, que se propone dar de todo la razon, buena ó mala, pero que al ménos reconoce que debe darse, cuando se pone frente á frente de esta necesidad de su religion, se pasa de ligero y como brasas, temiendo tal vez que alzándose una llama, consume los decrepitos pergaminos de su *credo*, que no ha podido hacer incombustible el barniz con que los ha sabido relajar.

Hé aquí todo lo que dice sobre una materia de tanta trascendencia para su sistema, él cuya facundia muchas veces parece charlataneria. “Fenómenos que salen de la ciencia vulgar se manifiestan por todas partes, y revelan en su causa la accion de una voluntad libre é inteligente.

“La razon dice que un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente; y hay hechos que prueban que esta potencia puede comunicarse con los hombres por medio de signos materiales.

“Esta potencia, *interrogada acerca de su naturaleza, ha declarado pertenecer al mundo de los seres espirituales que se han despojado de la envoltura corporal del hombre.* De esta manera fué revelada la doctrina de los espíritus.” (1)

Toda la razon en que estriba el espiritismo, como religion y como ciencia, es, la que acabais de oír, el testimonio de los agentes invisibles que aseguran ser los autores de tan pasmosos prodigios; ellos, que no son otros que las almas que salieron del banquete de la vida y esperan sentarse de nuevo á la mesa como convidados, que estad seguros, guardarán el incógnito el día que se les conceda honor tan señalado.

¿Os satisface tan perentoria razon? Si esos espíritus, de que en verdad no es patrimonio la modestia, no dieran tanta importancia á su palabra hasta el grado de quererla imponer, sino que antes de todo, acreditaran el hecho sencillísimo de que son infalibles, de que no engañan, ni quieren ni pueden engañar, está bien, nosotros seriamos sus más abnegados partidarios si además la senda por que nos dirigian era la que conduce á la perfeccion, por medio de la práctica del bien. Pero si de lo que ménos se preo-

(1) *Le Livre de esprits, Prolegómenes.*

cupan es de semejante demostracion, los entendimientos que no se nutren de viento ni de humo, no pueden quedar convencidos ni satisfechos. Y por más que se ponderen las excelencias y ventajas de la teoría, jamas podrán tenerla como cierta.

Léjos de que conste la susodicha infabilidad, esa caterva de espíritus *chocarreros, traviesos, burlones, locuaces, frívolos, ligeros, engañadores, mentirosos, fraudulentos, tentadores, corruptores, malos consejeros y mentores nada envidiables, que forman la escala gerárquica del espiritismo, protestan día con día y hora por hora contra la infabilidad que se les pudiera suponer; pues no se debe olvidar una cosa que es de consideracion y es esta, que los espíritus puros ó perfectos que están al abrigo del error, y en los que la influencia de la materia es nula, no se comunican con los hombres, sino rara vez; de suerte, que conforme al decir de Allan Kardec *seria muy presuntuoso aquel que pretendiera tenerlos á sus órdenes, (1)**

Además, si de hechos se trata, y cualquier hecho que tiene su origen en las regiones del cielo espírita, basta para hacer prueba plena,

(1) Allan Kardec, *Obra citada*, L. 2ª C. 1.

¿cuántos espíritus no han tenido la humorada de confesar, ó que son el demonio, ó que están dominados enteramente por la influencia demoniaca?

Esto que rara vez se dice, pero que se dice, tiene más caracteres de verdad que lo que más se asegura por los agentes invisibles. No carecemos de fundamento para afirmarlo; y creemos que no debemos callar una observacion, que si para los pocos reflexivos nada significa, para los que todo lo valoran y aquilatan, por escasa que parezca su importancia, es decisiva en cuanto á la determinacion de la causa de los fenómenos mágicos.

Abranse los libros en que se describen las manifestaciones y se da cuenta de las comunicaciones espíritas; y se notará, que cuando los *agentes invisibles* se dan el nombre de algun finado, nada particular se ha observado por los concurrentes en el lugar de la manifestacion ó comunicacion; las cosas siguen de la misma manera. Por el contrario, cuando los agentes invisibles confiesan que son el demonio ó se hallan sometidos á su influencia, más extraordinarios fenómenos se producen, las *mesas giratorias* se rompen, se escuchan rugidos y detonaciones de un carácter más alarmante, y comunmente la

sesion termina por la desaparicion del espíritu que antes se mostraba tan sereno y tan sobre sí mismo. Igual cosa sucede cuando se les obliga á repetir ciertos nombres augustos, como el de *Jesus* ó el de *María*; no ménos que cuando se les exige que pronuncien algunas sentencias del Evangelio. ¿Por qué esta diferencia? Porque entónces en los espíritus hay perturbacion, hay rábia, hay furor, que no pudiéndose ocultar, estalla con espanto de los testigos de esas escenas, propia y verdaderamente infernales.

Otro hecho, que viene á confirmar esta induccion, lo sacamos de la tradicion que se remonta á antigüedades muy remotas; y es que los demonios acostumbran tomar en sus comunicaciones con los hombres, los nombres de los que murieron, para engañar más fácilmente á los que viven y someterlos á los rigores de su despótico y maléfico demonio. Esta tradicion es constante. No citaremos á Tertuliano ni á San Agustín, (1) nos contentaremos con citar á Porfirio que consigna en sus escritos este hecho tan comun en aquellos tiempos: “Estos espíritus, (los demonios) dice, son engañadores, y no por naturaleza, sino por malicia. Se hacen en dioses y

(1) Puede leerse la *Apologética contra los gentiles XXI* y la *ciudad de Dios Lib. X, Cap. 11.*

*almas de difuntos*; pero no se hacen demonios, porque lo son en efecto.”

¡Qué bien conocia este sacerdote del antiguo espiritismo á los agentes invisibles con quienes vivia en familiaridad, y sus artificios y sus tendencias! ¡Ojalá igual conocimiento tuvieran los sacerdotes de la magia moderna!

En verdad que esos fenómenos raros que se observan en las pocas ocasiones que los agentes invisibles son francos, vistos á la luz de la tradicion, son un argumento poderoso para convencer que los espíritus no son lo que ordinariamente dicen ser. Maliciosos por inclinacion de su voluntad corrompida, procuran pasar por ser cualquier hombre, por abyecto y miserable que haya sido, invariables en el sistema de ocultar lo que verdaderamente son. Repetimos con Porfirio: *no se hacen demonios, porque lo son en realidad.*